

Bibliotecas y compromiso social en América Latina

Edgardo Civallero

[Conferencia magistral dictada en Lima el 30 de mayo de 2018, en el marco del VII Seminario Internacional de Bibliotecología e Información SIBI 2018].

¿Basta con poseer una conciencia crítica — a la que uno saca a pasear dos veces al día como haría con su perrito de lanas? No, debería estar claro que no. De poco sirve una conciencia crítica que no se vincule con la acción colectiva. Lo que necesitamos son conciencias críticas en contextos de praxis.

Jorge Riechmann. *Peces fuera del agua*. Tegueste: Baile del Sol, 2016.

En los siguientes párrafos se apuntarán algunas ideas sobre compromiso social. Tales ideas serán expuestas sin un solo atisbo de neutralidad, un mito que muchos esgrimen para evadir complicidades y responsabilidades, mirar para otro lado y lavarse las manos¹. Reflejarán una posición ideológica bien definida, que apuesta por la justicia y la igualdad social en todos sus aspectos. Y harán referencia a un espacio en concreto: las bibliotecas latinoamericanas en el más amplio sentido de la palabra. Bibliotecas reales, de todos los colores y todos los tamaños, ocupadas en proporcionar servicios a poblaciones sujetas a un amplio abanico de necesidades, inquietudes y problemáticas.

De cómo tales bibliotecas podrían —o deberían— responden a esas necesidades y a esos problemas es de lo que habla este texto.

1. De bibliotecas

Las bibliotecas son un espacio de resistencia.
Occupy Wall Street Library, 2011.

El escenario no podría ser más sencillo: varias esteras de caña trenzada que ofician de paredes, un piso de tierra apisonada —a veces es arena suelta— y un techo, cuando lo

¹ Para una selección bibliográfica sobre neutralidad bibliotecaria (y acerca de la posición del autor al respecto), *vid.* Civallero (2012b).

hay, también de caña, o de paja, o de chapa de cinc, de esas onduladas. Sobre una de las esteras-pared se tienden un par de sogas, y de esas sogas, casi como ocurría con los "pliegos de cordel" en la España medieval, se cuelgan libros. Libros infantiles, para ser más exactos.

Y de esos libros se cuelgan niños.

Son niños morenos de Abya Yala, pero muy bien podría ser cualquier otro niño de cualquier otro rincón del mundo. Es una biblioteca, y funciona en Perú. Más concretamente, en el asentamiento La Victoria, en Huarmey. La unidad emplea una de las formas de construcción tradicional de viviendas (habitaciones precarias, pero viviendas al fin) en América Latina, y replica así los lugares en donde más que probablemente viven sus pequeños usuarios.

La de Huarmey es una de las muchas miles de unidades de información de América Latina que no se ajustan a la definición más ortodoxa de "biblioteca". No pocos diccionarios y manuales dudarían en ubicarlas dentro de esa categoría. Y sin embargo, lo es. En ella, y en muchas otras, se inculca el amor por la lectura, se (de)muestra el poder de la información, se reúnen memorias, y se abren ventanas hacia esos mundos que quedan más allá de los muros...

...si es que la biblioteca tiene muros. Porque muchas de ellas no son más que libros y revistas metidas en cajones de fruta, mochilas, bolsas de arpillera y alforjas de cuero, que recorren caminos a bordo de bicicletas, de carros o incluso de burros. O que viajan a bordo de lanchas y canoas. O en autobuses. Y así van, de de pueblo en pueblo, de puesto en puesto, de comunidad en comunidad.

Aquellas bibliotecas que sí cuentan con muros —aquellas que han sabido echar raíces en un punto geográfico determinado— no tienen porqué tenerlos enteros. Ni firmes. No son pocas las bibliotecas con estantes un poco torcidos que se aferran heroicamente a una carcomida medianera de adobe, ni las que luchan contra la humedad que las insistentes lluvias de las tierras bajas quieren colar entre las páginas de los volúmenes que albergan.

Hay bibliotecas en ranchos con paredes hechas de palos amarrados con sogas y alambres, cubiertos con techos de palma, de paja brava o de calamina. Las hay con muros de chapa y de bambú, como la biblioteca rural infantil de la comunidad Lomas de Guadalupe, en Matagalpa (Nicaragua). O de tablones de madera, como la de Cangrejal de Acosta, en San José (Costa Rica).

Todas esas bibliotecas se ajustan a una definición muy poco convencional, y por eso probablemente mucho más atractiva, de lo que es una biblioteca: un espacio, físico o virtual, en el que una persona se encuentra, sin mediador alguno (pero con la ayuda de un grupo profesional, los bibliotecarios), con un fragmento de conocimiento². Ese fragmento puede estar contenido en un soporte físico —llámese libro, CD o como sea— o en algo menos palpable, como la memoria de un narrador. Y el encuentro puede producirse por muchísimos motivos, y persiguiendo distintos fines: desde el aprendizaje o la capacitación hasta el puro y simple ocio.

Dado que esta conjunción puede producirse en cualquier parte, hubo, hay y habrá bibliotecas en lugares que, desde ciertas perspectivas, pueden resultar curiosos e inesperados. En América Latina —pero no únicamente— esos espacios asumen numerosas apariencias. No solo puede haber una biblioteca en una universidad, alimentada por varias decenas de miles de volúmenes catalogados y clasificados cuidadosamente, y con servicios apoyados por tecnología de última generación. También en una escuela suburbana, por ejemplo, entre estantes habitados por un puñado de manuales y cuentos bien gastados. O en una comunidad campesina, a la cual las cajas de revistas y novelas llegan en camión, en avión o en canoa, tras varios días de viaje. O en el interior de un autobús, de un tren o de un barco. O en una cantina de cualquier pequeña localidad, con libros de todo tipo que saltan a las mesas desde mochilas y maletas. O en una playa, o en una estación de metro, o en un mercado, allí donde alguien estacionó una bicicleta que arrastra un carro cargado de cuentos.

O en un patio en el que un anciano cuenta a una audiencia interesada las historias de los héroes del pasado y las guerras del presente. Pues el conocimiento no siempre se mueve a bordo de la palabra escrita: a veces lo hace a lomos de la hablada.

Y si bien no ocurre en todos los rincones la geografía latinoamericana —hay lugares que jamás han visto una biblioteca de ningún tipo, y algunos en los que sus habitantes recuerdan con nostalgia el último paso de un bibliomóvil—, en algún momento, y aunque cueste un esfuerzo enorme, los bibliotecarios terminan encontrando la forma de reunir libros y lectores.

² Para otras definiciones de "biblioteca" distintas de la habitual cf. Lankes (2014) y las propuestas en espacios y publicaciones como *In the Library with the Leadpipe* (<http://www.inthelibrarywiththeleadpipe.org/>) o *Journal of Radical Librarianship* (<http://journal.radicalibrarianship.org/>).

El encuentro de una persona —o el de una comunidad— con el conocimiento, pertenezca a su propia cultura o a otra distinta, es lo que permite que tal individuo o tal comunidad continúen, por decirlo de algún modo, floreciendo. El motor último que ha movido al ser humano a lo largo de su historia ha sido siempre el contacto continuo con sus saberes, con sus ideas, con sus muchas identidades, con sus costumbres y recuerdos, con sus descubrimientos... Y la biblioteca —asuma la forma que asuma— ha cumplido y sigue cumpliendo un rol central en esa relación, de ahí su importancia.

Conscientes de ello, los que se ocupan de que esos espacios surjan y permanezcan activos la mayor cantidad de tiempo posible, los bibliotecarios, aprovechan todas las oportunidades que estén a su alcance —y las que no estén también— para crear bibliotecas, rincones de lectura, lugares de cantos y cuentos, talleres de libros cartoneros, o lo que sea que permita que la gente descubra los saberes viejos y nuevos, se enganche a la información, se asome a las muchas puertas que abren los nuevos conocimientos y atraviesen algunas de ellas. Y lo hacen porque, por encima de todo, saben que toda biblioteca es una herramienta.

Una herramienta de cambio.

2. De transformaciones

No pretendemos ver el cambio. / Solo haber dejado algo / sobre el
camino andado que pasó.
León Gieco. *El desembarco*, 2007.

La labor de las bibliotecas como espacios de encuentro entre saberes y personas se fomenta porque el encuentro afecta, de una forma y otra, a los participantes. Si no lo hiciera, no existirían espacios como los de Huarney, ni como los muchos otros, mantenidos a veces a duras penas por manos voluntariosas.

La lectura proporciona ratos de ocio, pero también sustenta el proceso de toma de decisiones, sugiere potenciales soluciones o salidas a situaciones problemáticas o conflictivas, abre los ojos a nuevas posibilidades, concientiza sobre determinadas acciones... En el espacio bibliotecario se producen cambios, de muchos tipos, alcances, profundidades y significados.

Es posible ir un paso más allá, y fomentar *determinados* tipos de cambio: en particular, aquellos que la comunidad más necesite. Un espacio bibliotecario mantenido en el seno de una villa minera, por ejemplo, puede actuar como un entorno pasivo en el cual

los participantes interactúen con saberes genéricos, o bien identificar los problemas más acuciantes y las necesidades más perentorias del grupo humano y nutrirlo con información pertinente: por ejemplo, sobre derechos laborales, contaminación por metales pesados, luchas obreras o sostenibilidad. El encuentro con el saber se estaría dando de la misma forma que antes, pero se habría puesto un acento suplementario sobre un conjunto determinado de conocimientos y datos que, dadas las circunstancias, resultan de mucha utilidad, y probablemente no pudieran ser obtenidos por los usuarios de otra manera.

La biblioteca pasa así de ser un espacio de conexión a un espacio de cambio.

Y poco más se precisa —un cambio de mentalidad, quizás— para que se transforme en un espacio de reflexión, de discusión, de elaboración de propuestas, e incluso de militancia y, sobre todo, de resistencia.

En su último libro (2013), el filósofo británico Howard Caygill recomienda creer en la resistencia³ como en una de las únicas formas viables de vivir en el mundo moderno. Posicionados en situaciones injustas y/o de total desventaja, los individuos y grupos que resisten toman conciencia de su estado (realizando un análisis crítico, a veces inconsciente, del momento que atraviesan) y deciden rebelarse y desobedecer.

Esa rebelión y esa desobediencia no tienen porqué adoptar una expresión concreta; si bien ambos términos suelen asociarse con protestas, manifestaciones u ocupaciones de espacios públicos (y con otros tantos titulares en los que aparecen las frases "desobediencia civil" o "declarada rebeldía"), en el día a día se traducen en una íntima y firme intención de no aceptar una realidad determinada sencillamente porque va en contra de los valores y las creencias propias, o porque es manifiestamente injusta, abusiva, arbitraria o ilegal.

Los resistentes buscan entonces alternativas viables para seguir caminando sin doblegarse, escenificando en su andar aquel verso de Claudio Rodríguez: "estamos en derrota, nunca en doma". Habitualmente, el primer paso es informarse (un paso en el que las bibliotecas pueden jugar y juegan un rol muy importante) y el segundo, unirse con otras personas o grupos con posiciones similares y/o que enfrentan el mismo problema. De esta forma se va tejiendo un entramado de relaciones de ayuda mutua, de apoyos y de alianzas solidarias: a la postre, resistir no es más que adoptar una

³ La resistencia es un tema poco estudiado dentro de las ciencias sociales. *Vid.* Vinthagen (2007) y García Canlini (2010) para una aproximación a la materia.

actitud de desafío —hecha pública o no— que pueda mantenerse en el tiempo, y esto último es más sencillo si se hace con otros.

Los resistentes van aprendiendo de su experiencia diaria y mejoran sus estrategias con cada uno de los errores cometidos. En ocasiones —y probablemente siguiendo lo escrito por algunos sociólogos y filósofos— se ha dicho que la resistencia es una posición "de alegría", aunque tal aspecto no siempre está presente; en demasiadas ocasiones la resistencia es un acto silencioso y desesperado, y el que la lleva a cabo intenta pasar lo más desapercibido posible.

La resistencia adquiere innumerables formas en el ámbito bibliotecario. En América Latina los ejemplos son numerosos: redes digitales que comparten recursos bibliográficos obtenidos de bases de datos bajo llave; grupos solidarios que reúnen y trasladan libros y revistas de bibliotecas que no los necesitan a otras que sí; bibliotecas que prestan servicios desde domicilios particulares, con la ayuda desinteresada de toda su comunidad; servicios que involucran a todos los actores culturales y sociales disponibles; actividades de reencuadernación y reparación de libros para que el volumen de la colección no se reduzca; creación de libros "cartoneros" para aumentar esa colección; recaudación de fondos a través de espectáculos artísticos solidarios... Realizar un inventario completo de experiencias y prácticas de resistencia bibliotecaria latinoamericana es una tarea que excede, en mucho, el alcance de este texto: baste decir que las soluciones son tan variadas como las personas que las imaginan y las llevan a la práctica.

Evidentemente, la resistencia existe dentro de las bibliotecas, pero los bibliotecarios también pueden llevar y apoyar las ideas y la praxis de resistencia fuera de sus muros⁴.

Si bien existen agrupaciones, asociaciones y movimientos bibliotecarios muy bien organizados, la mayor parte de estas acciones insumisas se realizan sin siglas, etiquetas ni altavoces; existe, sí, una conciencia clara de justicia y de derecho, que es lo que empuja y motiva todas estas formas de rebeldía. Tan activos son algunos de los defensores de estas causas y estas posiciones que se puede hablar de una verdadera militancia.

⁴ Vid. Iverson (1998/1999), Pateman y Vincent (2016) y Morrone (2014) para algunos ejemplos de resistencia bibliotecaria, dentro y fuera de las bibliotecas.

3. De militancia y compromiso

El bibliotecario debe ser militante antes de poder ser victorioso.
Melvil Dewey. *The Relation of the State to the Public Library*, 1889.

Desde un punto de vista etimológico, el término "militante" está ligado a conflictos bélicos; quizás por ello se lo vincule hoy con la violencia e incluso con conceptos como radicalismo, extremismo y terrorismo. Sin embargo, el vocablo hace referencia *sensu lato* al apoyo vigoroso a una causa: una forma "combativa" de defender ideas que no duda en pasar a la confrontación cuando es necesario, algo perfectamente realizable sin ejercer ningún tipo de violencia⁵.

La militancia está íntimamente relacionada con el activismo (una forma de acción similar pero considerada/etiquetada como menos "explosiva" o "radical") y se expresa a través de numerosos canales. Entre ellos, los más conocidos —probablemente por haber sido los que se han ganado una mayor visibilidad entre la ciudadanía y los medios de comunicación— son algunos tipos de encendidas protestas callejeras; sin embargo, no son ni de lejos los únicos, ni los que dan los mejores resultados.

El filósofo y activista estadounidense Stephen D'Arcy (2013) recuerda a Martin Luther King al señalar que la militancia y el activismo son las formas que tiene una sociedad marginada para recuperar su voz, hacerse escuchar y demostrar su rechazo a ser silenciada o ignorada. En efecto: activismo y militancia representan el paso de una resistencia silenciosa a una posición en la que se pretende manifestar públicamente esa resistencia, criticar las reglas del juego impuestas y oponerse a ellas, e incluso contraatacar y tratar de darle la vuelta al tablero. Un activista y un militante buscan denunciar esas condiciones, hacerles frente, combatir las y, a ser posible, eliminarlas. Y para eso pasan a la acción directa (sin por ello dejar de resistir): una práctica que suele buscar ser bien visible, precisamente porque necesita llamar la atención sobre aquello que denuncia.

Estas formas de actuar, ciertamente llamativas, conviven con activismos y militancias igual de activos y eficientes, pero que podrían denominarse "micro". Se trata de gestos mínimos a pequeña escala, a nivel de hogar, de escuela, de barrio o de pueblo. Son acciones que, como un goteo, se realizan día tras día poniendo en ellas un esfuerzo continuado, buscando contrarrestar determinadas situaciones, o crear espacios nuevos, o modificar algunas costumbres, mentalidades o actitudes.

⁵ El significado del término "militancia" viene siendo debatido desde hace tiempo; cf. Nym Mayhall (2000).

En el caso de las bibliotecas⁶, y aunque este hecho se reconozca pocas veces como tal, existe un innegable activismo —y, en no pocos casos, una abierta militancia— a favor de causas como la difusión de las destrezas y hábitos de lectura y escritura, la alfabetización (tradicional e informacional), el libre acceso a la información y al conocimiento, la ausencia de censura, el ocio vinculado a la cultura propia y a la universal, el fortalecimiento de identidades a través de la cultura, la eliminación de estereotipos y discriminaciones, y un "etcétera" demasiado largo y demasiado rico, que no cabe en estas líneas.

Tanto la resistencia como el activismo y la militancia giran en torno a la idea de compromiso. Compromiso como toma de conciencia de una situación determinada (social, cultural, económica, política), y como voluntad de respetar, defender y hacer cumplir unos valores, unas ideas y unas creencias. O, lo que es lo mismo, una ideología (entendida como el sistema de ideas y valores fundamentales que caracterizan el pensamiento y la acción de una persona o comunidad).

Por lo general, no se trata de cualquier ideología. Entre los activistas y militantes sociales hay una apuesta firme por principios como justicia (social y ecológica), igualdad, paz, consenso, solidaridad, inclusión⁷, pluralismo, libertad, equidad y respeto. Todos ellos, términos que no son extraños ni ajenos a las bibliotecas latinoamericanas

Un individuo o un grupo, al comprometerse con una realidad, se involucran, de una forma o de otra, en su transformación. Y al hacerlo están superando la indiferencia y el individualismo y están luchando por una sociedad y un mundo más justos. Dado que estas luchas suelen ser muy largas y, en no pocas ocasiones, desgastadoras y duras, suelen desarrollarse desde el interior de una trinchera.

4. De trincheras

Aquellos que no se mueven, no notan sus cadenas.

Rosa Luxemburgo.

Estableciendo un paralelismo únicamente metafórico con ciertos espacios bélicos, una trinchera puede considerarse como un lugar de supervivencia y resistencia. Un

⁶ Para ejemplos prácticos de activismo y militancia bibliotecarias, *vid.* Roberto y West (2003) y Samek (2008).

⁷ Acerca de la inclusión social y otros elementos en relación con la bibliotecología, *vid.* Civallero (2011).

pequeño rincón en el que los que luchan por una misma causa, los que comparten ideas y labores, los que viajan o pretenden viajar en la misma dirección, se cobijan, se apoyan, discuten estrategias y se organizan.

Son numerosos los espacios que pueden pensarse y entenderse como trincheras, tanto por el trabajo realizado en ellos como por las experiencias que acogen. La biblioteca es uno de tales espacios.

Aunque en líneas generales, y especialmente en América Latina, la teoría y los discursos oficiales presenten a la biblioteca como un terreno desactivado políticamente, en la práctica ésta demuestra ser todo lo contrario: un lugar de acumulación de fuerzas y saberes, un territorio de movilización, un espacio de intervención.

Pero también una trinchera en la cual la comunidad de usuarios encuentra —o debería encontrar— un lugar seguro, una referencia y un faro; un almacén de ideas y un depósito de armas para la lucha intelectual. Una trinchera protegida por la labor comprometida de los bibliotecarios, en la que se producen encuentros entre personas y conocimientos que pueden generar grandes o pequeñas reacciones en cadena; en la que se defiende el valor de un libro y de la lectura; en la que se dan las primeras claves para abordar el caleidoscopio de culturas encerrado entre páginas impresas; en la que se recogen las historias pasadas y presentes que hacen que una sociedad tenga la suma de identidades que tiene; en la que se defienden la libertad (de expresión, de acceso a la información), la equidad y la igualdad.

En definitiva: un lugar desde el cual apoyar cambios y comenzar a trazar y a andar nuevos caminos.

5. De caminos

¿Cómo es que sabemos tan poco teniendo tanta información?

Noam Chomsky. *Knowledge of Language*, 1986.

En este texto se ha hablado de bibliotecas y de bibliotecarios que resisten y se movilizan; del aguante de condiciones adversas, de la oposición a esos vientos contrarios, de la búsqueda de caminos al costado del mundo para seguir andando a pesar de que el sistema no permita dar un solo paso, de ingenios aguzados y solidaridades avivadas para continuar adelante aunque sea de a poco. Algo habitual en

América Latina: resistir, caer, levantarse, avanzar, resistir, volver a caer... Luchar, en definitiva.

Se ha hablado de la militancia y de la apuesta firme de los bibliotecarios a favor de la lectura, la alfabetización, la identidad, el aprendizaje, la capacitación y un ocio vinculado a la cultura propia y a la universal. Una militancia cotidiana, de gestos pequeños, de esfuerzo continuado, de apuesta constante, de victorias diminutas que no lo son tanto cuando se las pone en contexto. Y un compromiso con unos valores, unas ideas y unas creencias —una ideología— en los que se pueda identificar claramente la apuesta firme por los principios de justicia, igualdad, solidaridad, pluralismo, libertad, equidad y respeto.

También se ha hablado de trincheras. Porque una biblioteca —sea como sea, esté donde esté— es mucho más que un depósito, un aula o un taller. La experiencia de trabajo y de lucha que tiene lugar entre sus estantes hace que se la pueda pensar y entender como una trinchera: un espacio en el que mantener ardiendo ciertos fuegos y reunidas a ciertas personas, y desde el cual resistir, planificar, construir y contraatacar.

Y se ha hablado de política⁸. Porque todo lo que se ha mencionado hasta aquí no es otra cosa. Gente —bibliotecarios, lectores, aprendices y maestros— arrojando el hombro, caminando juntos, apuntalando futuros, y poniéndole cimientos a los castillos en el aire de toda una comunidad. Gente organizándose, cuidándose unos a otros, defendiendo sus derechos. Gente participando, deliberando, decidiendo. Es una de las definiciones de diccionario de "política": "actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, con su voto, o de cualquier otro modo".

Sin embargo, el elemento a resaltar es el compromiso social. Porque detrás de todo lo nombrado, detrás de la resistencia y el trabajo continuo, debe existir compromiso. Compromiso social como una actitud a cultivar y a poner en práctica cotidianamente.

Es menester convertir ese compromiso en el eje de la vida como ciudadanos activos dentro de las distintas sociedades nacionales, y en el de la actividad profesional bibliotecaria. Es indispensable que las acciones personales y colectivas estén guiadas por valores como la justicia social, la paz, la libertad, la igualdad y los derechos

⁸ En líneas generales, la idea de un rol político del bibliotecario ha sido rechazada de plano por buena parte de la comunidad bibliotecaria, argumentando que los profesionales de la información deben ser "neutrales"; la realidad, sin embargo, indica algo muy diferente. En relación a las múltiples relaciones entre la bibliotecología y la política (acción política, pensamiento político, compromiso político), *vid.* Civallero (2012a).

humanos. Y es preciso que, siempre que sea posible, esos valores sean llevados a la práctica, a la realidad tangible.

Es imprescindible abrazar ese compromiso. Quizás esté en estado larvario, un pequeño germen que necesita riego para desarrollarse, o una pequeña ascua que precisa que la soplen y la aviven para arder con fuerza. De ser así, es preciso hacerlo. Hay incontables ejemplos inspiradores en Abya Yala que muestran hasta donde se puede llegar cuando una biblioteca decide rebelarse, resistir, actuar, comprometerse... Y hay muchos más ejemplos de colectivos y de lugares que necesitan un poco o un mucho de esa resistencia, de ese activismo.

Y para ello no hace falta ir a la Amazonia, o a alguna aldea perdida del altiplano, o a alguno de los muchos asentamientos informales que jalonan la geografía de las ciudades latinoamericanas (aunque allí, en efecto, sean necesarias muchas manos bibliotecarias actuando de forma urgente). El compromiso debe empezar mucho más cerca. Debe comenzar, por ejemplo, por las políticas de circulación de las bibliotecas universitarias, debe seguir por la censura a numerosos colegas críticos con el *statu quo*, debe continuar explorando las colecciones de las bibliotecas públicas para identificar todas las voces que faltan entre esos libros...

Hay, pues, mucho trabajo por hacer. Aquellos que lo aborden se convertirán en un eslabón más de una larga cadena de resistentes y de luchadores latinoamericanos comprometidos con sus gentes y sus realidades, que utilizaron el conocimiento como herramienta de cambio y la biblioteca como espacio de contestación.

Resistentes y luchadores que habrán estado en derrota, pero nunca en doma.

6. Bibliografía

Arango Arango, Mónica (2015). Única biblioteca rural de Caldas es ejemplo nacional. *El Tiempo*, 8 de febrero. [En línea]. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-15215016>

Biblioteca para el Desarrollo Obraje (2011). *Continúan actividades en el centro rural de lectura Obraje*. [En línea]. <http://bibliotecaobraje.blogspot.com.es/2011/12/continuan-actividades-en-el-centro.html>

Camaleón Arte Visual (2014). *Biblioteca Rural Infantil Matagalpa*. [En línea]. <http://www.camaleonartevisual.com/?p=357>

Caygill, Howard (2013). *On Resistance: A Philosophy of Defiance*. Londres: Bloomsbury.

Civallero, Edgardo (2011). El rol de la biblioteca en la inclusión social. En *XIII Jornadas de Gestión de la Información de SEDIC (Asociación Española de Documentación e Información)*, Madrid (España). Obtenido el 27 de junio de 2016, de <http://www.aacademica.org/edgardo.civallero/51.pdf>

Civallero, Edgardo (2012a). Contra la 'virtud' de asentir está el 'vicio' de pensar: Reflexiones desde una bibliotecología crítica. Obtenido el 27 de junio de 2016, de <http://www.aacademica.org/edgardo.civallero/95.pdf>

Civallero, Edgardo (2012b). Neutralidad bibliotecaria. Obtenido el 27 de junio de 2016, de <http://www.aacademica.org/edgardo.civallero/76.pdf>

García Canclini, Néstor (2010). ¿De qué hablamos cuando hablamos de resistencia) *Estudios Visuales*, 7, 16-37. Obtenido el 27 de junio de 2016, de http://www.estudiosvisuales.net/revista/pdf/num7/02_canclini.pdf

Iverson, Sandy (1998/1999). Librarianship and resistance. *Progressive Librarianship*, 15, 14-19 Obtenido el 27 de junio de 2016, de http://www.progressivelibrariansguild.org/PL_Jnl/pdf/PL15_1998_99.pdf

Lankes, David (2014). *Radical Conversations: Defining a Library*. Obtenido el 27 de junio de 2016, de http://davidlankes.org/?page_id=6442

Mendoza, Francisco; Espinoza, Karen (2017). La biblioteca rural que nació gracias a Facebook. *El Nuevo Diario*, 22 de enero [En línea]. <http://www.elnuevodiario.com.ni/especiales/416385-biblioteca-rural-que-inicio-gracias-facebook/>

Mora, José Eduardo (2013). Comunidad rural inauguró biblioteca. *Semanario Universidad*, 3 de abril [En línea]. <http://semanariouniversidad.ucr.cr/cultura/comunidad-rural-inaugur-biblioteca/>

Morrone, Melissa (Ed.) (2014). *Informed Agitation: Library and Information Skills in Social Justice Movements and Beyond*. Sacramento: Library Juice Press.

Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca (2017). *Andares de las Bibliotecas Rurales de Cajamarca*. [En línea]. <http://bibliotecasruralescajamarca.blogspot.com.es/>

Roberto, Katia; West, Jessamyn (Eds.) (2003). *Revolting Librarians Redux: Radical Librarians Speak Out*. Jefferson: McFarland & Co.

Imágenes

01. Paxixil. <http://www.arquitecturapanamericana.com/wp-content/gallery/biblioteca-paxixil/Pax-1-DOMUS.jpg>

02. Bibliolancha de Quemchi. http://www.patrimoniodechile.cl/688/w3-article-74390.html?_noredirect=1

03. Centro Rural de Lectura Obraje, Huarmey, Perú. http://1.bp.blogspot.com/-dFi33Sg0pm0/TuPhV3H_VQI/AAAAAAAAABZs/MVdHrAChdCo/s1600/IMG0917.JPG

04. Biblioteca "La Casa del Pueblo" de Guanacas, Inzá, Colombia. <https://s3.amazonaws.com/elcomun/imagenes/1509580389.jpg>

05. Bibliomoto del valle de Huarmey, Perú. https://3.bp.blogspot.com/-yfYhqVi5_Ls/WVBuvPThbAI/AAAAAAAAADCA/0F4Tv6QadwwhUEwdNw6LsG2cien3p8sWgCLcBGAs/s1600/IMG_1396.JPG

06. Biblioteca de Parinacota, norte de Chile. http://www.bibliomoviles.cl/685/articles-83651_imagen_01.thumb_principal.jpg

07. Biblioteca rural Huairasitana, Cajamarca, Perú. <http://2.bp.blogspot.com/-Uay84gj5at8/UpOcxFp0DeI/AAAAAAAAAcl/RC7VyLvZHIY/s1600/Mires+Ortiz+biblioteca+rural.JPG>

08. Biblioteca Popular Viltipico, Purmamarca, Jujuy, Argentina. <http://www.mountainsotravelphotos.com/Argentina/15%20Salta%20Purmamarca/slides/04%20Biblioteca%20Popular%20Viltipico%20On%20The%20Main%20Square%20laza%209%20de%20Julio%20in%20Purmamarca.jpg>

09. Bicicloteca, Sao Paulo, Brasil. https://www.megaphonecultural.com/wp-content/uploads/2017/01/1061017-07.01.2016_rrs-6043.jpg

10. La biblioteca comunitaria Rija'tzuul Na'oo, San Juan La Laguna, Guatemala.
<http://www.fundacionlafuente.cl/wp-content/uploads/2017/05/Foto-biblioteca-1.jpg>